

LA ARQUITECTURA COLONIAL PRESENTA  
UNA NOTABLE VARIEDAD DE ARCOS  
Fray Vicente Rubio O.P.

Si de la antigua Caldea salió Abrahán para ser en un país desconocido de él "padre de los creyentes", también de aquella tierra, dormida a veces en un sueño de siglos, surgió para gloria de la arquitectura el arco y la bóveda.

Habrían de ser los romanos, sin embargo, quienes diesen al arco su mejor y más variada utilización:

— con el arco aislado, practicado en una muralla, el cual serviría así de ingreso solemne a una célebre población. ¿Quién no recuerda —si lo ha visto— el arco de Augusto en la puerta de la ciudad etrusca de Perugia?

— arcos en serie, única o compleja, que serían utilizados como esbeltos puentes sobre tantos ríos de la geografía europea.

— arcos sobrepuestos, los cuales prestan una decoración espléndida y funcional a las inmensas moles de anfiteatros, circos, termas, basílicas, etc., o valen como acueductos para traer el agua desde lejanos puntos. — arcos triunfales, compuestos por una arcada, o por triple arcada, o tal vez cuádruple (arco cuadrifronte), que fueron elevados como monumento; eterno para honrar a un caudillo victorioso en sus bélicas campañas o a una divinidad cuya protección se experimentó en un momento difícil de la vida política de la Urbe o de otros puntos del Imperio.

Desde que los romanos hicieron aquel alarde de arcos que caracteriza a muchas de sus sólidas y bellas construcciones, puede decirse que ese elemento arquitectónico tomó carta de naturaleza en los anales del arte universal. Por eso, de los romanos heredaron el arco los bizantinos; a través de éstos, pasará a los visigodos; de los visigodos, a los musulmanes; y de éstos, presentando nuevas modalidades, aparecerá enriquecido en los estilos románico y ojival.

La isla Española fue definida bien temprano por Fernando el Católico como "heredad plantada por mis manos". Ese mismo monarca, orgulloso de las atenciones que, según él, prodigaba de continuo a nuestra ciudad de Santo Domingo, denominó a ésta en un documento: "fechura de mis manos"

Ciudad heredera de las postrimerías del arte gótico hispano, era natural que el Santo Domingo colonial gozase también de una notable variedad de arcos, en la que hoy queremos fijar nuestra atención. Tales arcos muéstranse en puertas o ventanas de antiguos edificios, o quizá en los muros interiores de ellos.

Pongamos nuestra mirada sobre el arco ojival.

El arco ojival puro muestra su rusticidad, a tono con su militar destino, en la puerta de la Fortaleza, o su ornamentación sencilla y robusta en la portada de la iglesia de San Francisco "el Viejo", escondida entre patios de vecindad y, por ello, casi desconocida de los capitaleños. Cada vez que contemplo ese gótico acceso de San Francisco "el Viejo", construido poco antes de 1508 —fuerte, sólido, resistente—, de ancha dovella ojival, me parece ver en él nada menos que el arco triunfal de la evangelización del Nuevo Mundo.

Ante sus sillares, labrados con pulcritud, se siente intensamente pasar el curso de una historia cargada de laureles, que se apuntó en su haber la floración de tantos varones ilustres que predicaron la fe por estas latitudes americanas. No en balde, a su sombra se escribió el bellissimo e inspirado código latino —aún inédito—, entre 1576-1580 intitulado "Spéculum Veritátum" (Espejo de Verdades), que es todo él un canto de admiración a los misioneros que sembraron la semilla de la Palabra de Dios por las Indias Occidentales.

Dando cabida a una arcada de medio punto o en su total simplicidad podemos aún contemplar arcos apuntados en las portadas de la capilla de la Altagracia (calle Mercedes esquina Hostos) o del convento de los frailes Predicadores, y, por supuesto en el interior en las naves de la catedral primada del Nuevo Mundo, que podrían ser descritas como un bosque de ojivas, que se tornan bastante agudas en la nave central.

Dentro del estilo goticista aparecen "tres modalidades de arcos: carpanel, conopial y escarzano. Las tres se hallan bien representadas en nuestros austeros monumentos coloniales.

El arco carpanel despliega lo mejor de sí mismo en las portadas norte y sur del templo catedralicio. Rico en ornamentación es el de la portada norte, que se abre a la Plaza Mayor (hoy "parque Colón"). Infinitas veces con mi mente he deshecho el pesado pegote del llamado edificio del cabildo, que la oculta, para contemplarla libre, airosa y espléndida como la vieron desde 1527 los antiguos moradores de Santo Domingo. Esa portada es única en América. Ella nos habla, por sí sola, de los entusiasmos ciudadanos que despertó aquí la construcción del primer templo catedralicio del Nuevo Mundo.

Grandioso en su sencilla traza, es el carpanel de la portada sur, que sale al Patio de los Curas. Nada hay en él que distraiga la vista. En cambio, lo vemos vigoroso y enérgico en las ruinas de San Nicolás; atrevido hasta más no poder nos sale al paso en el sotocoro del convento dominico, porque aquí el carpanel ha renunciado a las semicolumnas o a las abultadas ménsulas que debían recibir su carga. No conozco en los fastos del arte hispánico nada similar.

En el alcázar de don Diego Colón los arcos carpaneles de algunas de sus puertas y ventanas se engalanan en sus intradós con angrelados. Si este nuevo detalle ornamental se hace puntiagudo, aparece toscos; pero si adopta la forma de rodillos, entonces se vuelve ágil y delicado.

En rima perfecta con esos arcos carpaneles de la morada virreinal, surge un espécimen de singular encanto en la calle de Las Damas. Se trata de una ventana pequeña, existente al extremo norte de una edificación o-vandina que se yergue en la acera occidental de dicha calle. Su arcada, tallada con exquisitez, presenta de pronto dos caireles, a modo de rodillos, como si fueran un par de artísticas tornapuntas de piedra. Tal ventana no desmerecería en la madre Patria de un conjunto monumental, como Avila, Salamanca o Cáceres.

Vengamos ahora a los arcos conopiales.

Hallamos aquí una mayor variedad, tanto en la piedra como en el ladrillo.

Un óptimo ejemplar en ladrillo tenemoslo en el alcázar de Diego Colón. Se halla en la puerta que comunica la galería superior de la parte trasera del palacio con las llamadas "habitaciones de doña María de Toledo".

Rústico de toda rusticidad, pero amplio y fuerte es el desconocido espécimen que puede verse en una casa particular de la calle "Arzobispo Nouel" 110 dedicada a exposición y fábrica de muebles.

Tres muestras en piedra, verdaderamente singulares, aparecen en la iglesia de Regina Angelorum: dos en la pared occidental del templo, y otro en ese mismo muro, pero en lo alto del coro. Es digno de reflexión esta persistencia del gótico en nuestras iglesias y casas coloniales.

Ejemplares muy buenos de arcos conopiales podemos contemplarlos igualmente en dos puertas de la sacristía del convento dominico.

El de la puerta que comunica claustro y templo con mencionada sacristía, constituye un espécimen magnífico de arco conopial polilobulado que honraría a cualquier antiguo edificio de la Madre Patria, mientras el de la puerta que desde dicha sacristía sale a un patio interior es otro exponente de arco doblemente conopial o trilobulado, pero con una particularidad, a saber: que el lóbulo central se halla seccionado no en lo alto de ese punto, sino en lo bajo, como si el lóbulo estuviese cayendo por su propio peso.

Semejante a este último, contamos con otro en ladrillo en la Casa de Rodrigo de Bastidas, donde actualmente funcionan las oficinas del Voluntariado del Museo de las Casas Reales. Arco de ese tipo podemos decir que prelude las preciosas arcadas conopiales quebradas —quebradas en seis secciones, que aún pueden admirarse en el Colegio Gorjón y en el portal del antiguo monasterio de la Merced (hoy Logia masónica). Son dos primorosas muestras del arte gótico-mudejar que enaltecen a nuestro acervo artístico. A las mientes traen el recuerdo de los arcos que luce el patio de las Escuelas

Menores de la Universidad de Salamanca. -

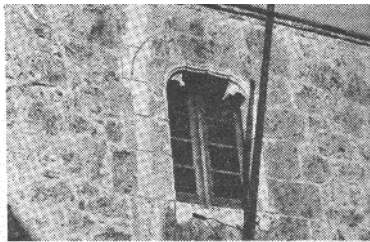
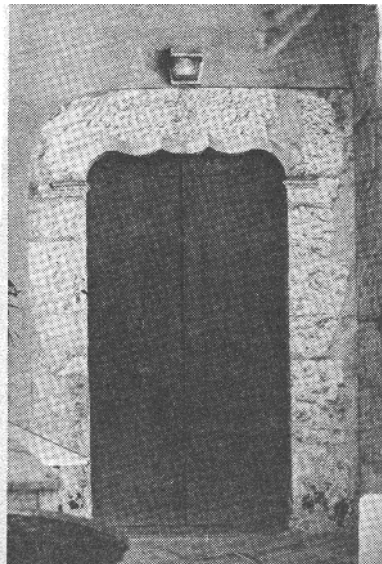
El arco escarzano no desmerece de las galanuras que exhibe en nuestro medio tropical el arco conopial. Arco escarzano, de exquisita factura, es el

de la regia portada de la Casa del Cordón; más reducido, aunque gracioso, es el de la antigua puerta de la sacristía de la Catedral que comunicaba con el presbiterio del mismo templo primado. Pero donde el arco escarzano luce su mayor atrevimiento es en los cruceros de la iglesia del convento dominico. Menos mal que el enorme peso del muro que ambos sustentan ha sido aligerado por el

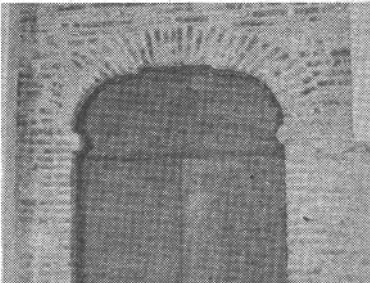
artista constructor a base de abrir seis elegantes ventanitas que contribuyen, además, a romper la monotonía de las paredes y a adornarlas con un bonito elemento decorativo. Pero lo que más pasa desapercibido en ese mismo punto del templo de los Predicadores es la espléndida sucesión de arcos escarzanos de ladrillo, uno sin embargo en piedra, con decoración plateresca, que presenta el brazo sur del crucero. Es un descanso para los o-jos.

Según hemos podido ver, esta riqueza de arcos que ofrecen al visitante o al estudioso nuestros monumentos coloniales es digna de la Ciudad Primada del Nuevo Mundo, donde la historia y el arte de la primera hora de América, tienen su natural asiento.

El Caribe, 15 de marzo de 1986, pp. 8-9.

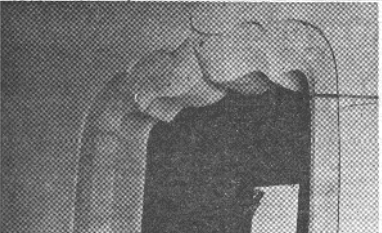


Arco conopial con dos caireles de la casa de la calle Las Damas esquina El Conde.



Arco doble conopial en la parte exterior de la puerta que sale de la sacristía de la iglesia del Convento de la iglesia de los dominicos a un patio interior.

En la Casa de Bastidas, en el salón donde funciona la oficina del Voluntariado del Museo de las Casas Reales, está este arco doblemente conopial trilobulado.



En la puerta de la sacristía de la iglesia del Convento Dominico está este bello arco conopial.



Arco carpanel con angrelado de una de las puertas del salón de la segunda planta del Alcázar de Colón.



Arco conopial de ladrillo del Alcázar de Diego Colón.